

DOMINGO UNIVERSAL DE MISIONES OCTUBRE “MES MISIONERO” 2026

*Cien años encendiendo la llama de la fe en el mundo, caminando
juntos en la misión! Nos recuerda que cada bautizado es un enviado.
"Seamos una Iglesia reconciliada que lleva el Evangelio a cada
rincón de la tierra".*

100 años



PRIMER DOMINGO

04 DE OCTUBRE, 2026 – 27º DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO
EVANGELIO (Mateo 21, 33-46)

Evangelio de nuestro Señor Jesucristo según san Mateo

Jesús dijo a los sumos sacerdotes y a los ancianos del pueblo: «Escuchen esta parábola: Un hombre poseía una tierra y allí plantó una viña, la cercó, cavó un lagar y construyó una torre de vigilancia. Después la arrendó a unos viñadores y se fue al extranjero. Cuando llegó el tiempo de la vendimia, envió a sus servidores para percibir los frutos. Pero los viñadores se apoderaron de ellos, y a uno lo golpearon, a otro lo mataron y al tercero lo apedrearon.

El propietario volvió a enviar a otros servidores, en mayor número que los primeros, pero los trataron de la misma manera. Finalmente, le envió a su propio hijo, pensando: "Respetarán a mi hijo". Pero, al verlo, los viñadores se dijeron: "Éste es el heredero: vamos a matarlo para quedarnos con su herencia". Y apoderándose de él, lo arrojaron fuera de la viña y lo mataron.

Cuando vuelva el dueño, ¿qué les parece que hará con aquellos viñadores?». Le respondieron: «Acabará con esos miserables y arrendará la viña a otros, que le entregarán el fruto a su debido tiempo». Jesús agregó: "¿No han leído nunca en las Escrituras: "La Piedra que los constructores rechazaron ha llegado a ser la piedra angular: ¿ésta es la obra del Señor, admirable a nuestros ojos?". Por eso les digo que el Reino de Dios les será quitado a ustedes, para ser entregado a un pueblo que le hará producir sus frutos». Los sumos sacerdotes y los fariseos, al oír estas parábolas, comprendieron que se refería a ellos. Entonces buscaron el modo de detenerlo, pero temían a la multitud, que lo consideraba un profeta.

Palabra del Señor.

MEDITACIÓN

En la lectura del Evangelio que hoy leemos, se descubre la mirada del mundo en que vivimos: Por un lado, vemos como Dios, el propietario de la viña, nos deja su proyecto de amor e historia de salvación en un mundo lleno de todo lo que el hombre necesita para vivir feliz: un mundo de amor, de paz, de armonía, de tranquilidad, de Justicia, de verdad. En fin, un mundo lleno de la presencia de Divina.

Por otro lado, vemos la realidad de un hombre herido por el pecado y donde se consume más y más encerrándose en el vacío interior, la soledad y la falta de sentido de la vida, todo por el rechazo y el abandono a Dios, pues el hombre vive como si Dios no fuera necesario, pero si buscando un constante éxito, bienestar, reconocimiento, poder y seguridad y eliminando todo aquello que cree que es un obstáculo a su propio proyecto. Es decir, proponiéndose ante el mundo como Dios, queriendo ser Dios.

La parábola que hoy refiere el evangelio refleja la insistencia del propietario de la viña (Dios), enviando siervos (Profetas) e inclusive a su propio Hijo (Jesús) en donde muestra un amor que no se rinde ante la maldad humana. El envío de ese Hijo es Buena Noticia para el hombre encerrado en su yo, es por eso que hablar del Evangelio es hablar de libertad, de Misericordia, de perdón, de luz y de gracia del Señor (Lc 4, 16), por tanto, no habrá palabra que salga de la boca de Dios, o palabra escrita en su evangelio, o gesto de Nuestro Señor Jesucristo que no sea salvífico, en otras palabras, todo lo que viene de Dios busca la salvación del hombre, toda acción de Dios en cualquiera de sus manifestaciones siempre será salvadora.

Es así que la buena noticia que viene de Dios en Nuestro Señor Jesucristo, no refiere al hombre como un ser malo al que hay que condenar y acabar. La buena noticia es que ese hombre tiene Salvación y puede volver a ser el hombre perfecto, santo, que Dios quiso y quiere siempre. Dios ve al hombre herido por el pecado, con amor y esperanza. Al leer el pasaje de Lc. 10, 25 – 37, (la parábola del buen Samaritano) vemos a Dios cercano al hombre y en donde su Misericordia refleja que el hombre pecador, herido por la pobreza, la violencia, la injusticia, la soledad, las rupturas familiares y las indiferencias, son curables y por tanto la Iglesia, como portadora de gracia y de misericordia, está llamada a acercarse, a acompañar y a levantar, siendo Sacramento de Salvación.

Hoy día, el hombre alejado de Dios se esclaviza perdiendo otro don muy preciado llamado “Libertad”. La parábola que hoy nos trae el Santo Evangelio, también muestra al hombre esclavo por su egoísmo y su avaricia, no le importa nada del sufrimiento y dolor ajeno, solo le importa su “YO”, aunque valora profundamente la Libertad y eso es positivo, pero el evangelio nos enseña que la verdadera libertad no consiste simplemente en ‘hacer lo que quiero’, sino que ella alcanza su plenitud cuando se orienta hacia la verdad, el amor y el bien. Es por eso que uno de los grandes desafíos actuales que la Iglesia tiene, es ayudar al hombre a descubrir que ser libre, no significa vivir sin vínculos ni responsabilidades, sino aprender a amar y a entregarse a los demás, como Cristo nos enseña: “Amaos los unos a los otros como yo los he amado” (Jn. 13, 34) e inclusive yendo un poco más lejos: “Amen a los Enemigos y oren por los que los persiguen” (Mt. 5, 44).

La parábola de Mateo nos muestra que hay una contradicción al querer y a la voluntad de Dios, pues mientras el hombre en su pecado asesina, roba, apedrea etc., el Hijo (Jesús), el verbo encarnado, al hacerse hombre en las entrañas de María, nos revela a un Dios tan lleno de amor y de Misericordia por todos y cada uno de los hombres, sin importar cultura, credo, raza, lengua o nación, tan solo la salvación de todos y cada uno, desde el inicio de la humanidad hasta el final de ella. A El le importa que todos se salven y que todos conozcan el verdadero amor de Dios uno y trino y que todos podamos participar de la misma vida en Dios.

Hoy, pareciera que el hombre ha aprendido a convivir con el bien y el mal, con la cizaña y la buena semilla, con el pecado y la gracia, pues por un lado trabaja en la viña del Señor (Iglesia), cumpliendo y practicando un cristianismo, y por otro lado se otorga el crédito y la ganancia de la viña, como si el hombre fuera el propietario de esa viña.

Ante esta Imagen del hombre actual, el Santo padre León XIV, siguiendo el mandato de Cristo centra su misión en la unidad de la Iglesia y del hombre, por eso tiene para esta Jornada Mundial de las Misiones, en donde marca el centenario de esta celebración, instituida por Pío XI y tan querida por la Iglesia, el lema “Uno en Cristo, unidos en la misión”. El desea exhortar a toda la Iglesia a continuar con alegría y celo en el Espíritu Santo el camino misionero, que requiere corazones unificados en Cristo, comunidades reconciliadas y, en todos, disponibilidad para colaborar con generosidad y confianza.

El Papa destaca el centro de la misión en “el misterio de la unión con Cristo”. Pues el Señor Jesús antes de su Pasión, oró al Padre: «Que todos sean uno: como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste» (*Jn 17,21*). En estas palabras se revela el deseo más profundo del Señor Jesús y, al mismo tiempo, la identidad de la Iglesia, comunidad de sus discípulos: ser una comunión que nace de la Trinidad y que vive de y en la Trinidad, al servicio de la fraternidad entre todos los seres humanos y de la armonía con todas las criaturas.

El Santo Padre ante esta mirada al hombre Moderno destaca: “Ser cristianos no es ante todo un conjunto de prácticas o ideas; es una vida en unión con Cristo, en la que participamos de la relación filial que Él vive con el Padre en el Espíritu Santo. Significa permanecer en Cristo como los sarmientos en la vid (cf. *Jn 15,4*)”, inmersos en la vida trinitaria. De esta unión brota la comunión recíproca entre los creyentes y nace toda fecundidad misionera. Sí, «la comunión representa a la vez la fuente y el fruto de la misión», como enseñó san Juan Pablo II (cf. Exhort. ap. *Christifideles laici*, 32).

Ser Misionero hoy es: Santidad, ser lleno de la gracia divina, del amor por el pecador, de disponibilidad para levantarlo de sus caídas, de transparencia divina, de honestidad, en otras palabras, es hacerse uno con Dios y a la vez uno con el hombre, pues no podemos vivir con el hombre sin Dios, y menos vivir con Dios sin compartir con el hombre. Por eso, la primera responsabilidad misionera de la Iglesia es renovar y mantener viva la unidad espiritual y fraterna entre sus miembros. En muchas situaciones asistimos a conflictos, polarizaciones, incomprensiones, desconfianza mutua. Cuando esto ocurre también en nuestras comunidades, se debilita su testimonio. La misión evangelizadora, que Cristo

confió a sus discípulos, requiere ante todo corazones reconciliados y deseosos de comunión.

Así ser “uno en Cristo” nos llama a mantener siempre la mirada fija en el Señor, para que Él sea verdaderamente el centro de nuestra vida personal y comunitaria, de cada palabra, acción y relación interpersonal, de modo que podamos decir con asombro: «Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí» (Ga 2,20). Esto será posible en la escucha constante de su Palabra y en la gracia de los sacramentos, para ser piedras vivas de la Iglesia. Por lo tanto, cuanto más unidos estemos en Cristo, tanto más podremos cumplir juntos la misión que Él nos confía. (Cf. Leon XIV. Jornada Mundial de las Misiones)

Padre Ciro Hernando Gonzalez López
Párroco *in solidum* de la Unidad Pastoral Yungay
Vicaría Zona Centro de Santiago

SEGUNDO DOMINGO

11 DE OCTUBRE, 2026 – 28° DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Evangelio (Mateo22,1-14)

Evangelio de nuestro Señor Jesucristo según san Mateo

Jesús habló en parábolas a los sumos sacerdotes y a los fariseos, diciendo: El Reino de los Cielos se parece a un rey que celebraba las bodas de su hijo.

Envío entonces a sus servidores para avisar a los invitados, pero éstos se negaron a ir. De nuevo envió a otros servidores con el encargo de decir a los invitados: «Mi banquete está preparado; ya han sido matados mis terneros y mis mejores animales, y todo está a punto: Vengan a las bodas». Pero ellos no tuvieron en cuenta la invitación, y se fueron, uno a su campo, otro a su negocio; y los demás se apoderaron de los servidores, los maltrataron y los mataron. Al enterarse, el rey se indignó y envió a sus tropas para que acabaran con aquellos homicidas e incendiaran su ciudad. Luego dijo a sus servidores: «El banquete nupcial está preparado. pero los invitados no eran dignos de él. Salgan a los cruces de los caminos e inviten a todos los que encuentren»-Los servidores salieron a los caminos y reunieron a todos los que encontraron, buenos y malos, y la sala nupcial se llenó de convidados. Cuando el rey entró para ver a los comensales, encontró a un hombre que no tenía el traje de fiesta. «Amigo, le dijo, ¿cómo has entrado aquí sin el traje de fiesta?». El otro permaneció en silencio. Entonces el rey dijo a los guardias: «Atenlo de pies y manos, y arrójelo afuera, a las tinieblas. Allí habrá llanto y rechinar de dientes». Porque muchos son llamados, pero pocos son elegidos.

Palabra del Señor.

MEDITACIÓN

El Señor nos invita a su mesa: llamados a vivir y anunciar el Evangelio

En el Evangelio de este domingo, Jesús compara el Reino de los cielos con un rey que prepara un banquete para las bodas de su hijo. Esta imagen nos revela a un Dios que sale a nuestro encuentro, nos convoca y desea reunir a todos en torno a su mesa. Su invitación es gratuita y universal. Por eso, el rey envía a sus servidores diciendo: «Vayan e inviten a todos al banquete» (cf. Mt 22, 9).

El banquete nos evoca también la Eucaristía, donde Cristo mismo se entrega como alimento y nos reúne en la comunión. Al participar de ella, descubrimos que no somos creyentes aislados, sino un pueblo convocado por el Señor. En torno a su mesa aprendemos a acoger al otro, compartir los dones recibidos y construir fraternidad. Como afirma san Pablo: «Aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo, porque todos participamos del único pan» (1 Co 10, 17).

Pero la invitación al banquete lleva consigo un envío. Los servidores son enviados a anunciar que todo está preparado y a invitar a todos. Esta dimensión misionera de la parábola nos recuerda que la Buena Noticia no puede quedar encerrada en quienes ya la han recibido. Quien ha experimentado el amor de Dios está llamado a compartirlo. Por eso, la vocación cristiana es inseparable de la misión: cada bautizado, desde su propia vocación y sus dones, está llamado a anunciar el Evangelio, servir, acoger y colaborar en la construcción de una sociedad más fraterna.

La parábola nos presenta también el traje de fiesta. No basta con recibir la invitación ni con entrar al banquete; es necesario acoger personalmente la gracia que Dios nos ofrece y dejar que ella transforme nuestra vida. Este traje puede recordarnos la necesidad de revestirnos de Cristo (cf. Rm 13, 14), adhiriendo a Él de corazón y permitiendo que su amor transforme nuestras palabras, decisiones y acciones. Solo desde una relación viva con Jesús, abiertos a su gracia, nuestra misión puede dar frutos verdaderos.

Celebrar el Domingo Universal de Misiones, en el año en que conmemoramos el centenario de esta Jornada, nos invita a renovar nuestra conciencia misionera. Cien años después de su institución, la invitación del Señor continúa resonando: hay hombres y mujeres que esperan ser acogidos, escuchados y acompañados; personas que buscan una palabra de esperanza y una comunidad donde puedan experimentar el amor de Dios.

Que este Domingo Universal de Misiones renueve en nosotros la alegría de haber sido llamados, alimentados y enviados. Que cada Eucaristía nos ayude a redescubrir nuestra vocación y nos impulse a abrir nuestras comunidades y nuestras mesas para que nadie se sienta excluido. Fortalecidos por el Pan de Vida, salgamos al encuentro de todos, anunciando con nuestra vida que el banquete del Reino está preparado y que todos están invitados.

Que María, primera discípula y misionera, nos enseñe a acoger la Palabra, llevar a Cristo en el corazón y salir con prontitud al encuentro de nuestros hermanos. Que ella acompañe a la Iglesia en su misión y nos ayude a ser testigos de comunión, fraternidad y esperanza.

Señor Jesús, que nos reúnes en torno a tu mesa, renueva en nosotros la alegría de nuestra vocación cristiana. Alimentados con tu Palabra y con tu Cuerpo, haznos discípulos misioneros, capaces de salir al encuentro de todos, construir fraternidad y anunciar con alegría la Buena Noticia de tu Reino. Que, unidos a ti, sepamos llevar tu amor hasta los confines de la tierra. Amén.

Katiuska Cáceres Pávez
Área de Liturgia y Espiritualidad
Arzobispado de Santiago

TERCER DOMINGO
18 DE OCTUBRE, 2026 - 29º DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO
EVANGELIO (MATEO 22, 15-21)

Evangelio de nuestro Señor Jesucristo según san Mateo

Los fariseos se reunieron para sorprender a Jesús en alguna de sus afirmaciones. Y les enviaron a varios discípulos con unos herodianos, para decirle: «Maestro, sabemos que eres sincero y que enseñas con toda fidelidad el camino de Dios, sin tener en cuenta la condición de las personas, porque Tú no te fijas en la categoría de nadie. Dinos qué te parece: ¿Está permitido pagar el impuesto al César o no?». Pero Jesús, conociendo su malicia, les dijo: «Hipócritas, ¿por qué me tienden una trampa? Muéstrenme a moneda con que pagan el impuesto».

Ellos le presentaron un denario. Y Él les preguntó: «¿De quién es esta figura y esta inscripción?». Le respondieron:

«Del César». Jesús les dijo: «Den al César lo que es del César, y a Dios, lo que es de Dios».

Palabra del Señor

MEDITACIÓN:

“Al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios”

“*Uno en Cristo, unidos en la misión*” es el lema que el Papa León XIV nos ha dado para este año, este lema es la identidad para cada cristiano, que para ser un buen misionero debemos permanecer unidos a Cristo. Nuestra actividad misionera brota de la “*Missio Dei*”. Nos sentimos como colaboradores de una misión que existía antes de nosotros y que continuará después de nosotros.

Este domingo es el Domingo Universal de Misiones (DUM). En el Evangelio, resalta la frase de Jesús, que es la respuesta a la pregunta que le hacen los enviados de los fariseos: “*Al Cesar lo que es del Cesar, y a Dios lo que es de Dios*”. Esta intervención de Jesús es una de las más citadas y usada, desde conversaciones coloquiales hasta citas reflejadas en algunos escritos, y tal vez, un tanto distorsionada, en algunos casos desde intereses muy ajenos al Mesías Salvador, que vivió totalmente dedicado, no precisamente al emperador de Roma, sino que su interés radicaba en los olvidados, empobrecidos y excluidos por el Imperio.

Este encuentro entre los discípulos de los fariseos y Jesús está cargado de tensión y malas intenciones, como se puede notar en el Evangelio. Los fariseos han planeado un ataque decisivo contra Jesús, envían unos discípulos, no van ellos mismos. Pareciera que evitan un encuentro directo con Jesús. Los fariseos son defensores del orden vigente y no quieren perder sus puestos de privilegios de aquella sociedad, que Jesús no cesa de cuestionar, se hacen acompañar por algunos del partido de Herodes.

El elogio que le hacen a Jesús, es conocido, pero falso, hasta parece insólito en labios de ese tipo de gente: *“Maestro, sabemos que eres sincero y enseñas con toda fidelidad el camino de Dios”* (Mt 22:17). Todo es una trampa, aunque han hablado con la verdad.

Así es, Jesús vive totalmente entregado a preparar el *“camino de Dios”* para que nuestra sociedad sea una sociedad más justa.

El pensamiento actual no da lugar a dudas. Lo primero para Jesús es la dignidad humana, es vivir la vida plena en cada persona, no es precisamente una u otra religión, bastaría con seguir la trayectoria de la actividad de Jesús en su vida pública, a Jesús se le ve siempre preocupado por suscitar y desarrollar en nuestra sociedad una vida más sana y más digna. El Reino de Dios no se impone por el poder, ni por la fuerza, sino que se trasmite en la sociedad por la vida vivida en los valores humanos, como la justicia, la solidaridad, la dignidad humana o la defensa de los más débiles.

Marcelo Oyarzún Ojeda, svd
Secretario Ejecutivo OMP.

CUARTO DOMINGO

25 DE OCTUBRE, 2026 - 30° DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

EVANGELIO (MATEO 22, 34-40)

Evangelio de nuestro Señor Jesucristo según san Mateo

Cuando los fariseos se enteraron de que Jesús había hecho callar a los saduceos, se reunieron con Él, y uno de ellos, que era doctor de la Ley, le preguntó para ponerlo a prueba: «Maestro, ¿cuál es el mandamiento más grande de la Ley?». Jesús le respondió: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todo tu espíritu.

Este es el más grande y el primer mandamiento. El segundo es semejante al primero: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos dependen toda la Ley y los Profetas».

Palabra del Señor.

MEDITACIÓN:

Amar, cuidarse y salir al encuentro

En este Mes de las Misiones, las lecturas litúrgicas nos recuerdan que la fe no es un refugio estático, sino un movimiento constante hacia afuera. La misión no comienza necesariamente en tierras lejanas, sino en la manera en que habitamos nuestra propia vida y la compartimos con los demás. Jesús sintetiza toda la enseñanza bíblica en un mandamiento doble y transversal: “De estos dos mandamientos dependen toda la Ley y los Profetas” (Mt 22,40). Amar a Dios y amar al prójimo constituyen un mismo camino que se expresa en el cuidado, la justicia, la fraternidad y el encuentro.

La misión comienza en la propia casa

La primera tierra de misión somos nosotros mismos. No podemos anunciar consuelo desde el agotamiento permanente ni ofrecer esperanza desde la autoexigencia desmedida. Cuidarnos no es egoísmo: es aprender a reconocer nuestras fragilidades, perdonarnos, buscar sanación y permitirnos también ser cuidados. Un corazón que aprende a tratarse con misericordia puede abrirse con mayor libertad al encuentro con los demás.

Obras son amores: la justicia como lenguaje misional

El texto del Éxodo nos recuerda que la misión no son palabras abstractas, sino justicia concreta: no oprimir al extranjero, proteger al huérfano y a la viuda, acoger y defender la dignidad de quienes se encuentran en mayor vulnerabilidad. En una sociedad marcada por el individualismo y la indiferencia, la presencia misional se hace visible en el amparo, la honestidad, la solidaridad y la capacidad de detenernos para acompañar

a quien necesita una presencia cercana. La misión no es hacer cosas por otros, sino caminar con otros, reconociendo en cada persona a un hermano y una hermana.

Romper el aislamiento y ser testimonio vivo

San Pablo reconoce en los tesalonicenses una fe que “resonó en todas partes”. La misión implica romper el aislamiento y dejar que aquello que creemos transforme nuestra manera de vivir y relacionarnos. Cuando una persona o una comunidad recupera la coherencia entre lo que cree y lo que hace, se convierte en un testimonio vivo. La fe se vuelve visible cuando genera vínculos, cuidado, justicia y esperanza.

Un doble movimiento: reconciliarnos y salir al encuentro

Este mes de octubre, la misión nos invita a un doble movimiento: reconciliarnos con nuestra propia historia para, desde una mayor paz interior, ponernos en marcha hacia el hermano y la hermana. Mirar nuestra vida con misericordia nos permite sanar, agradecer el camino recorrido y reconocer nuestras propias fragilidades. Pero esta reconciliación no nos encierra en nosotros mismos; por el contrario, nos devuelve al encuentro.

Por eso, uno en Cristo, unidos en la Misión, representa la convicción de que **la comunión profunda con Jesús es la fuente indispensable y el motor de toda tarea evangelizadora** poniéndose al servicio de la vida.

Que este Mes de las Misiones sea un tiempo para cuidarnos, reconciliarnos, hacer justicia y salir al encuentro, **haciendo visible con nuestras vidas que el amor a Dios y el amor al prójimo constituyen un único camino.**

Marcial Apablaza
Misionero Laico, svd.